

Una sensibilidad juvenil para la educación en Colombia

Claudia Restrepo Montoya
Rectora Universidad EAFIT.

Mas hay que seguir hablando de los jóvenes.
Y mejor aún si se pudiera seguir o empezar
a hablar con los jóvenes
y borrar de nuestro vocabulario
la frase *esta juventud de ahora*.
María Zambrano, “Esta juventud de ahora”

La educación es una conversación larga e incesante que acompaña al ser humano durante toda su vida. A partir de este planteamiento, el presente documento profundiza en las reflexiones, las propuestas y los sentimientos que los jóvenes tienen con respecto al país y en la manera en que estos asuntos proponen renovados desafíos para la educación en Colombia. ¿Cuál debe ser, por tanto, esa educación-conversación que permita trascender el desarrollo cognitivo y se conecte, también, desde las emociones, la sensibilidad, la empatía y el contexto social de un país surcado por una pandemia y por el malestar social?

Educación es dejarse atravesar. Así de sencillo y profundo. Y lo es por cuanto la interacción entre un maestro y un aprendiz supone una tarea humilde, quijotesca, cotidiana, pero extraordinaria a la vez: ese esfuerzo dramático por conquistar el alma y la mente de una persona implica, al tiempo, el deseo de que el universo atraviese y transforme. La educación, por tanto, es sentencia y libertad: una vez nos ha recorrido y traspasado, dejamos de ser los mismos.

Si entendemos la educación desde la transformación y el constante movimiento, tenemos que pensar también que la educación en sí misma debe dejarse atravesar. Esa premisa cobra aún más importancia ahora que la pandemia y las condiciones sociales revelan un periodo de “desasosiego social”. Como educadores ¿hemos sabido leer y conectarnos con el sentir de los jóvenes?, ¿qué esperan ellos de la sociedad y de la educación misma?

El acto educativo como un acontecimiento dialógico

La educación debe ser entendida como una larga e incesante conversación que expande, sorprende, resignifica, cuestiona y permite comprender, imaginar y resolver. Y decimos que es larga e incesante puesto que se convierte en una suerte de compañera de existencia. Dimensionarla en su completitud es saberla falible y a la vez habitada por las limitaciones; algunas de peso, ligadas a las barreras socioeconómicas o geográficas, y otras de corte cultural, más asociadas a las creencias o las formas en que se comprende el mundo. ¿Qué compañera de existencia debería ser hoy la educación para los jóvenes de Colombia?

Podríamos señalar que la juventud es la época de la empatía. Cada joven quiere conocerse a sí mismo, ser parte de una tribu y saberse único en ella. Y ese proceso supone una tensión: la búsqueda de un lugar en el mundo abre la sensibilidad y la apertura a mirar al otro y verse como él; también desata una profunda reivindicación de la autonomía y la identidad. Es por eso que muchos encuentran la juventud como auténtica, pero errática a la vez. ¿Cómo conectarnos desde esos asuntos juveniles aparentemente contradictorios? Si bien las respuestas son variadas, hay una en particular que resulta impostergable: es necesario que el maestro, el educador y los demás actores de la sociedad se relacionen desde aquello que caracteriza a esa población, la empatía. Esto supone comprender que el desarrollo cognitivo es importante, como lo son también sus sentimientos, vacíos, angustias y alegrías. Para educar al joven hay que sentir con él y acompañarlo a digerir y a “respirar sus emociones”, a entender el riesgo que supone el contexto en el que vive y que lo somete a una sociedad intensa, que oscila entre la realidad, la mentira (la verdad construida) y la fantasía.

Los jóvenes aprecian con mucho interés la vida de otros, y eso los convierte en una especie de sensores de la sociedad. Sus voces son agitadoras, inconformes, adoloridas, pero también creativas, disruptivas y transformadoras. Tal vez el camino para la humanidad no sea el de volver adultos a los jóvenes, sino el de rejuvenecer la adultez abriéndole paso a la sensibilidad, la tensión y la inconformidad, debidamente acompasadas con la madurez, la ganancia de perspectiva y el carácter. Y eso se logra, en parte, observando y comprendiendo a fondo el país en el que vivimos. Los actuales escenarios educativos no son los mismos de hace unos años.

Frente a una pandemia que evidencia limitaciones, ¿cuál es el lugar de la educación?

De entrada, la educación respondió con flexibilidad y resiliencia al reto que le planteó este momento histórico. El Gobierno nacional y las regiones, a través de diferentes organismos, buscaron articularse con el fin de trabajar en procura del cuidado y la salud de niños, niñas, jóvenes y maestros. Era fundamental garantizar el derecho a la educación y para ello, también de la mano con las entidades territoriales certificadas y con las instituciones de educación superior, se gestionaron contenidos, se dispusieron recursos, se establecieron sinergias y se configuró una estrategia integral en la que también se incluyó el bienestar socioemocional. ¡La respuesta fue inmediata ante un evento de magnitudes inimaginables!

El covid-19 confinó a miles de estudiantes de todas las edades y rincones del país. El alivio que trajo el anuncio de la vacunación masiva palideció ante las cifras del Dane: por cuenta de la pandemia, más de medio millón de negocios quedaron en la quiebra y unos 3,5 millones de colombianos han caído en la pobreza, aunque debe decirse que las cifras de 2021, con respecto a las de 2020, mostraron una recuperación en aspectos como la condición de pobreza monetaria, que disminuyó 3,2 por ciento; y que también, en el último año, cerca de 1,4 millones de personas salieron de esta condición. Para mayo del 2021 tomaba forma una gran cantidad de insatisfacciones, antes dispersas, como una maraña de núcleos de explosiones inminentes, previsibles quizás, pero ignoradas. En ese

momento el país dio paso a una vigilia que duraría meses y con la que se agudizarían las inconformidades. Miles de jóvenes, algunos en las calles y otros desde sus pantallas, siempre conectados, sentían que el país corría por sus venas.

En ese momento, la Universidad del Rosario, la Casa Editorial El Tiempo y la firma Cifras y Conceptos presentaron el *Estudio de percepción de jóvenes*, que reveló que el 84 % de ellos, entre los dieciocho y los treinta y dos años, que corresponde a cuatro millones de personas, se sentía representado por el Paro Nacional a través de la protesta pacífica. Es bueno aclarar, en este punto, que no necesariamente estarían de acuerdo con muchas formas de violencia que vinieron después. Aquí lo importante es señalar el indicio, o la evidencia, de que los jóvenes no se sentían conectados con el rumbo de Colombia. El desasosiego se vivía en las calles y en las casas, así como en las redes sociales estalladas en emotividad y desespero. Esta misma medición, pero de 2022, exhibió que las instituciones en que más confían los jóvenes son las universidades públicas (60 %) y las universidades privadas (53 %). La educación, y las instituciones que la representan, se erigen como faros que los jóvenes reconocen como confiables, lo que señala una luz de esperanza.

Para las universidades de Colombia, y siguiendo con el tema del descontento social de 2021, esto representó la obligación de intensificar la tarea de conversar, en algunos casos para tratar de acompañar y entender qué pasaba con los jóvenes y sus angustias; en otros, para explicarles lo que acontecía, sus alcances y sus impactos para el país y para ellos mismos; y, finalmente, en todos los casos, para buscar rutas y caminos de solución, a partir de las ideas y las propuestas que aparecían sobre la mesa.

En ese contexto se identificaron más de sesenta iniciativas de diálogo promovidas por organizaciones sociales, culturales y empresariales, el Gobierno y las universidades, y con estas, ideas y emociones compartidas aparecieron en la cabeza de los jóvenes, muchas relacionadas con la educación. La pandemia nos enfrentó con nuestras sombras, pero también con nuestras luces, y al tiempo, hizo todavía más evidente esa necesidad de conectar desde la sensibilidad y la empatía para construir colectivamente un nuevo contrato social que, como se vería con mayor contundencia más adelante, deberá estar orientado desde la educación.